

Educar en Principios y Valores Éticos

Gerardo Remolina, S.J.
gremolin@javeriana.edu.co

Humanista, Doctor en Filosofía, Teólogo de la Universidad Gregoriana de Roma y Traductor. Ex-Rector de la Universidad Javeriana de Bogotá.

Resumen

La ética no es simplemente una colección de “*principios*”, y “*valores*” fruto de una reflexión personal o colectiva, sino una forma de proceder acorde con la “*dignidad*” de la persona humana. La dignidad es una cualidad inherente a la persona humana. Según el preámbulo de la declaración de los Derechos humanos de 1948 que la dignidad es intrínseca a todos los miembros de la familia humana. El modo de proceder ético implica principios y valores éticos.

Es importante hacer esta distinción. Los “*principios*” en general son proposiciones, teóricas, que expresan un determinado modo de proceder, bien sea físico, espiritual o ético. Los valores son energías o fuerzas espirituales que mueven a la acción: son eficaces. Un principio es ineficaz mientras no se convierta en valor. Los valores radican no solo en el cerebro(teoría), sino sobre todo en el corazón (afectividad) y en las manos (acción). Según Kant, en el reino de los fines todo tiene un “*precio*” o una “*dignidad*”; las cosas tienen un precio, la persona humana tiene una dignidad, no es un medio, sino un fin en sí misma.

Cuando no nos respetamos a nosotros mismos, vendemos nuestra dignidad por un puñado de dinero, y entonces no respetamos a los demás y la naturaleza digna también de nuestro respeto. Un profesor transmite principios, un educador transmite valores con su manera de ser y de vivir.

Palabras clave: Ética, principios, valores, dignidad, profesor, educador.

Educate in Principles and Ethical Values

Abstract

Ethics is not simply a collection of "principles" and "values" as a result of personal or collective reflection, but a way of proceeding in accordance with the "dignity" of the human person. Dignity is a quality inherent in the human person. According to the preamble of the 1948 Human Rights declaration, that dignity is intrinsic to all members of the human family. The ethical way of proceeding implies ethical principles and values.

It is important to make this distinction. The "principles" in general are theoretical propositions that express a certain way of proceeding, whether physical, spiritual or ethical. "Values" are energies or spiritual forces that move to action: they are effective. A principle is ineffective as long as it does not become a value. The values lie not only in the brain (theory), but especially in the heart (affectivity) and hands (action).

According to Kant, in the realm of means everything has a "price" or a "dignity"; things have a price, the human person has a dignity, it is not an end, but a mean in itself. When we do not respect ourselves, we sell our dignity for a handful of money, and then we do not respect others and the nature also worthy of our respect. A teacher imparts theoretical principles, an educator gives practical values with his way of being and living.

Key words: Ethics, Principles, Values, Dignity, Teacher, Educator.

Índice

1. INTRODUCCIÓN	98
2. LA ÉTICA UNA DIMENSIÓN FUNDAMENTAL DE “LO HUMANO”	100
3. PRINCIPIOS Y VALORES ÉTICOS	102
4. LA FORMACIÓN EN “PRINCIPIOS” ÉTICOS	104
5. LA FORMACIÓN EN “VALORES” ÉTICOS	106
6. SER “PROFESOR” Y SER “MAESTRO”	110

1. INTRODUCCIÓN

La palabra “Ética” y sus derivados parecen tener un efecto “mágico”. Sirven para purificarlo todo... Para hacer la hoja de presentación personal: “Soy una persona ética”. Para promover una empresa o una institución: “Procedemos con principios éticos”. Para justificarse ante el juez o el tribunal: “Durante toda mi vida he tenido un proceder ético”. Y no hay institución social, política o religiosa que pretenda tener aceptación social y no tenga una “Comisión de ética”. La palabra ética parece, pues, purificarlo todo de manera mágica.

Pero la ética no es simplemente una colección de “*principios*”, fruto de una reflexión personal o colectiva (ética filosófica, ética dialógica, ética comunicativa, etc.), sino una forma de proceder acorde con la “*dignidad*” de la persona humana. Es ético lo que nos hace crecer personal y colectivamente en nuestra dignidad de seres humanos. No es ético todo lo que disminuya, degrade o destruya nuestra dignidad humana, nuestra “*humanidad*”. No es ético lo que vulnere el respeto a la inviolabilidad de la persona de los demás, y de nosotros mismos, y de la misma “*humanidad*”. Y es aquí donde es importante distinguir entre “*principios*”, y “*valores*”.

Los “*principios*” son proposiciones, o formulaciones teóricas, que expresan un determinado modo de proceder, bien sea físico, espiritual o moral. Por ejemplo, la ley de la gravitación de los cuerpos, las leyes químicas y biológicas, las leyes de un determinado país, las normas de conducta ciudadana, las reglas de urbanidad y de cortesía, son principios, es decir, proposiciones teóricas que indican un determinado modo de proceder y que están dirigidas directamente a la razón. También son principios las fórmulas que expresan imperativos para la acción: “No matar”, “No robar”, “No levantar falsos testimonios”, “No mentir”. Nadie quiere aparecer ante los demás como infractor de esos principios, sino como una persona que los respeta y que los cumple. Pero se mata, se roba, se presentan testimonios falsos, se miente... Y se vulnera la dignidad propia y de la persona humana de los demás.

En todas estas situaciones no faltan los “*principios*”, sino los “*valores*” éticos. Los valores son energías o fuerzas espirituales que mueven a la acción: son eficaces. Un principio es ineficaz mientras no se convierta en valor; es decir, mientras no se asimile internamente en la afectividad y lleve indefectiblemente a la acción. Hay que hacer pasar los principios de la razón al corazón y convertirlos así en valores, en necesidades afectivas de obrar.

Colombia se encuentra en el momento más trascendental de su historia en los últimos cincuenta años: se ve abocada a la reconstrucción del país desde sus mismos cimientos: desde su infraestructura *física* (despedazada por la locura del terrorismo y del extractivismo); desde sus fundamentos *democráticos* (convertidos en instrumentos de manipulación política en favor de intereses particulares de individuos o de grupos); desde sus bases *psicológicas* (deterioradas por la inseguridad ciudadana y por el dolor de las víctimas); desde sus bases *espirituales* (heridas de muerte por el deseo de venganza y retaliación); desde el *tejido social* (deshilachado y roto por la ausencia de justicia, por la corrupción y la explotación de los más débiles); pero, sobre todo, desde sus *principios y valores éticos* (olvidados individual y socialmente o convertidos en palabras vacías). Comenzaré por esta última temática.

2. LA ÉTICA UNA DIMENSIÓN FUNDAMENTAL DE “LO HUMANO”

En cada una de las manifestaciones de la vida personal y social se hallan implicados los principios y valores éticos, es decir, los principios y valores de una auténtica humanidad. Hablar de ética es hablar de lo que corresponde a la dignidad de la persona humana, a su bienestar material y espiritual, y a su vida en sociedad. La pérdida del sentido de humanidad tiene como consecuencia funesta el deterioro personal de los individuos y los pueblos. No hay actividad humana que -como se afirma con relativa frecuencia- sea independiente de la ética: ni la economía, ni la política, ni la religión, ni el deporte, ni la vida personal.

El pilar fundamental de la ética es la *dignidad* de la persona humana. La dignidad consiste en el derecho inviolable de toda persona, por el solo hecho de serlo, a ser respetada y valorada en su integridad física, espiritual y moral, como ser individual y como ser social. La dignidad es una cualidad *inherente* a la persona; no nos la confiere nadie: ni la sociedad, ni el estado, ni el derecho positivo, ni la ley. La dignidad le pertenece a todo ser humano por tratarse de un ser racional y libre, capaz de determinarse por sí mismo. El Preámbulo de La Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 habla de la “dignidad intrínseca (...) a todos los miembros de la familia humana”, y en su artículo 1º afirma que “todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos”. (cfr. <<http://www.significados.com/dignidad/>>).

Esta característica conlleva necesariamente el principio de la solidaridad. Porque todos los seres humanos constituimos “*in solidum*” una misma realidad: el género humano: la humanidad. Ninguno de nosotros es un ser aislado; todos somos parte de los demás y los demás son parte nuestra, nos pertenecemos y necesitamos mutuamente; es imposible subsistir en el absoluto aislamiento.

En Colombia hemos perdido el sentido genuino de la “*humanidad*” y de la “*dignidad*”. Por eso la vida humana ya no vale nada: se asesina por un celular, por una bicicleta, por una insignificante cantidad de dinero, por una ofensa verbal, por una discutible posición política. El dios dinero ha sido entronizado en el santuario de las conciencias, profanando su santidad. La búsqueda rápida y fácil de ese dios es uno de los móviles más importantes de nuestra sociedad; por eso, la corrupción ha invadido todos los ámbitos, estamentos y estratos de la vida personal y social: los negocios, los contratos, la política, la justicia, la salud, las instituciones más nobles y representativas; todo, incluidas las persona: estas tienen un “*precio*” y hay quienes están dispuestos a pagarlo o a venderse por él.

Según Kant, en el reino de los fines todo tiene un “precio” o una “dignidad”; las cosas tienen un precio, son sustituibles, intercambiables unas por otras, son medios; la persona humana, en cambio, tiene una dignidad, no es un medio, sino un fin en sí misma, no es sustituible, ni siquiera por otra persona. Pero en la sociedad actual se cambia la dignidad por cualquier cosa representada en el dinero. La codicia del dinero nos ha hecho “comprar” a las personas. A todos se nos pone un “precio” y hay quienes están dispuestos a “vender” su dignidad por el dinero.

Esa misma codicia nos ha hecho también destruir la naturaleza y la belleza de nuestros valles y montañas, de nuestras selvas y de nuestros ríos, de nuestros páramos y nuestros océanos. No nos comportamos con dignidad frente a la naturaleza. Sobre la exuberante flora de nuestro territorio ha caído el zarpazo inhumano de la codicia y sobre nuestra maravillosa biodiversidad se cierne la amenaza depredadora sobre muchas de nuestras especies animales. Como no nos respetamos a nosotros mismos y vendemos nuestra dignidad por un puñado de dinero, tampoco respetamos la naturaleza, digna también de nuestra admiración y respeto. Buscamos desesperadamente el oro, el petróleo, la riqueza de los yacimientos minerales, y de todo lo que la naturaleza pueda brindarnos de dinero, sin importarnos su misma destrucción.

De otra parte, la guerra fratricida ha destruido incalculable número de vidas humanas y enlutado a millares de familias; ha producido millones de desplazados e incontables desaparecidos. Ha destruido nuestra infraestructura y nuestros recursos naturales; ha desolado el campo e inundado las ciudades con millones de inmigrantes. Durante medio siglo hemos vivido una guerra, absurda como todas las guerras, en donde la arrogancia del poder de las armas no quiere aceptar la derrota y donde los egoísmos individuales y grupales (económicos, políticos y de clase) persisten en sus intereses mezquinos y excluyentes.

3. PRINCIPIOS Y VALORES ÉTICOS

Los “principios”, como hemos dicho, son proposiciones, o formulaciones teóricas, que expresan un determinado modo de proceder, bien sea físico, químico, biológico o espiritual, ético, moral o legal. Así, por ejemplo, la ley de la gravitación universal, las leyes físicas, las leyes químicas, las leyes éticas y jurídicas, las normas de cortesía y urbanidad, etc., son “principios”, es decir, proposiciones teóricas dirigidas directamente a la razón. Los principios éticos nos hablan de la forma de proceder que corresponde a la dignidad de la persona humana. Son fórmulas que suelen expresarse como imperativos para la acción, como es el caso de los diez mandamientos mosaicos: “No matarás”, “No robarás”, etc. Como principios teóricos, pueden haber sido aceptados racionalmente en nuestra sociedad colombiana, pero los principios no provocan necesariamente la afección emotiva, el dinamismo de la acción, el que seamos “movidos por” ellos. En otras palabras, los “principios” no son lo mismo que los “valores”.

El gran filósofo danés Sören Kierkegaard afirmaba que algo puede ser verdadero, como principio, y al mismo tiempo no ser válido, es decir, no tener la fuerza, el “valor” para la acción. Porque algo verdadero comienza a ser válido, a ser un “valor” solamente cuando me lo apropio, cuando lo hago mío, cuando lo incorporo en lo más profundo de mi ser, y me conduce necesaria pero libremente a la acción. En otras palabras, cuando se convierte en un valor para mí. Los principios (“teóricos”) son necesarios en cualquier sociedad u organización, y, por consiguiente, en cualquier forma de educación, porque el ser humano es ante todo un ser racional. Los principios son el fundamento de cualquier construcción - física, moral o social-, pero no son suficientes. Con frecuencia caemos en el peligro de querer educar principalmente a base de principios, de razonamientos y discursos. Y por ello nos quedamos a mitad de camino. Los “valores”, en cambio, consisten en un dinamismo para la acción. “*Los valores no son, sino que valen*”, según la expresión del filósofo Rudolf H. Lotze. La palabra latina “valere” significa tener salud, fuerza, vigor, vida. De ella procede la palabra “valor”.

Los valores – afirmaba en una alocución tenida en la Universidad de Georgetown (7 de junio de 1989) el P. Peter Hans Kolvenbach, uno de los anteriores Prepositos Generales de los jesuitas - radican en el centro de la propia vida, definen su calidad y marcan su extensión y su profundidad. Los valores -decía él- tienen, por así decirlo, tres puntos de anclaje. En primer lugar están anclados en la “cabeza”. Yo percibo, veo las razones por las que algo tiene

valor y estoy intelectualmente convencido de lo que la cosa vale. Los valores están también anclados en el “corazón”. No sólo la lógica de la cabeza, sino también el lenguaje del corazón me dice que algo es valioso, de tal forma que no sólo soy capaz de percibir algo como valioso sino que, también quedo afectado por el valor que representa: “Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón”. Cuando la cabeza y el corazón están interesados, la persona está interesada. Esto nos lleva al tercer punto de anclaje, a saber: la “mano”. Los valores conducen, y ello de forma necesaria, a decisiones y acciones. “El amor se muestra con obras, no con palabras” únicamente, es decir, con nuestro modo de actuar, no simplemente con nuestro modo de hablar.

Los principios solo se convierten en valores cuando nos hemos confrontado existencialmente con una realidad que no solo interroga sino que interpela nuestro sentido de humanidad. Por ejemplo, hablando de nuestra situación colombiana, cuando el victimario sostiene la mirada suplicante de la víctima, es posible que surja en él el valor de la misericordia y de la petición del perdón; cuando dejamos emerger en el fondo de nuestro corazón el sentido de lo humano, que se sobrepone a nuestro instinto de animalidad, solo entonces comenzamos a obrar éticamente.

4. LA FORMACIÓN EN “PRINCIPIOS” ÉTICOS

Los principios, en cuanto formulaciones teóricas, son absolutamente necesarios en cualquier actividad humana: individual, profesional y social. ¿Qué sucede cuando un ingeniero no tiene en cuenta los principios de la física, o un médico los principios de la fisiología, o de la bioquímica, o un abogado los principios de los derechos humanos, y así en cualquiera de las profesiones o de las actividades humanas? En toda actividad humana van explícitos o implícitos unos “principios”. En nuestros días, ante la crisis ética que sacude al país, ha surgido la polémica sobre si en los colegios y universidades deben restablecerse las desaparecidas cátedras de Ética en general, de Ética profesional, de ética cívica y de urbanidad. Y como en todo, hay defensores y contradictores.

A mi manera de ver, hay algo que es necesario tener presente: la Ética en cuanto “disciplina” académica ha sido concebida siempre como una “reflexión racional” acerca del recto proceder del ser humano para llevar una “*vida buena*”, una vida auténticamente feliz. Para Sócrates, -según los diálogos platónicos- lo importante es hacer reflexionar -racionalmente- sobre lo bueno, lo humano, la virtud y el vicio. Y Sócrates fue condenado por corromper a la juventud, es decir, por hacerla pensar, y convertirla así en crítica de las costumbres de su tiempo. Platón, su gran discípulo, continuó la tradición socrática en la Academia ejercitando el método mayéutico de su maestro, es decir haciendo que la “recta razón” diera a luz lo que ella lleva oculto en su vientre. Y así, por ejemplo, nos legó su pensamiento sobre “La República”. Aristóteles, por su parte, nos dejó dos grandes éticas: la “Ética a Nicómaco” y la “Ética a Eudemo” (bastante olvidada, por cierto, esta última). La reflexión sobre el modo “correcto” de proceder la continuaron los Estóicos y otras varias escuelas filosóficas. Modernamente Kant escribió dos grandes obras sobre la ética: La “Crítica de la Razón Práctica” y “La Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres”, reflexiones no solo acerca de los “principios” del comportamiento humano, sino también sobre las leyes, las normas y las virtudes.

Imposible dar aquí todo el panorama de la reflexión racional sobre los principios éticos. Pero también es imposible no hacer referencia a algunos filósofos contemporáneos como Karl Otto Apel (fallecido en 2017) y su “Teoría de la Verdad y Ética del discurso” (2004), y a los actuales Jürgen Habermas y su “Ética Comunicativa”, John Rawls y “La Justicia como Equidad”, Adela Cortina y la “Ética de mínimos y Ética de Máximos”, la americana Martha Nussbaum en su diversas obras como “La fragilidad de la bondad: Suerte y Ética en la

Tragedia Griega y en la Filosofía” (1986) y “Sin fines de lucro”(2010) y muchos otros pensadores y filósofos. Obviamente, en estas diversas reflexiones sobre “principios éticos” hay toda suerte de tendencias y escuelas, a veces contradictorias y otras veces convergentes. Pero es el ejercicio de la razón práctica sobre el recto comportamiento del ser humano para llevar una “vida y buena” y feliz. ¿Será inútil esta reflexión? ¿Será equivocado e inútil hacer en las cátedras de colegios y universidades estas reflexiones racionales? A lo mejor; pero se trata de lo que sabiamente se ha llamado “la utilidad de lo inútil”.

A este propósito, permítanme traer un ejemplo de familia. El sacerdote jesuita Gabriel Giraldo, fue durante cuarenta años el “Decano del Medio Universitario” de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Javeriana. Durante ese tiempo dictó una cátedra de ética a las generaciones de abogados y juristas que pasaron por la facultad durante el tiempo de su muy larga decanatura. Para algunos fue un maestro ejemplar, mientras otros recuerdan sus falencias y defectos. Una figura discutible y discutida. El hecho es que el P. Giraldo murió hace 25 años, y un grupo de abogados formados por él, todavía, después de un cuarto de siglo de su desaparición, celebra su cumpleaños, el día de su nacimiento, no el de su muerte. En los últimos cinco años me han solicitado celebrar la Eucaristía en el día de su nacimiento o en una fecha cercana. Antes de dar comienzo a la Eucaristía uno de los que fueron sus discípulos y admiradores, lee un texto tomado de alguno de los discursos o de intervenciones de su maestro referentes a la ética.

Que este testimonio me sirva para introducir el apartado siguiente.

5. LA FORMACIÓN EN “VALORES” ÉTICOS

Ante todo, me parece importante hacer una breve reflexión sobre lo que implica la “formación”. La palabra -es apenas obvio- procede del verbo “formar”. Y formar es un *verbo*, es decir, es una “acción”, y una acción que consiste en “dar forma” a algo, bien sea presentándole un modelo, bien sea ejecutando unas acciones que impriman los rasgos que se desea dar al objeto, como a un trozo de arcilla o a un bloque de mármol para sacar de él una escultura. Igualmente, cuando se trata de ofrecer el servicio de la formación o educación, el compromiso es darle una forma al educando. De lo contrario, el objeto, o la persona permanece informe, o mejor aún, amorfa. Y educar es el servicio que se ofrece de formar para la vida, o para el ejercicio de una profesión, de un arte o de un oficio.

Por eso, cuando pienso en el servicio de formar, de educar, me viene a la memoria la imagen del taller del artista y, en concreto, del taller de Miguel Ángel Buonarroti y sus famosas esculturas: desde las que quedaron sin terminar como los famosos “esclavos” que se exponen en la galería de arte de la “Academia” en Florencia, hasta las que llevó a su perfección como el David que posa en la “Piazza della Signoria” o la “Pietà” en el Vaticano en cuya cinta, que rodea el pecho de la Virgen, el autor escribió su nombre: *Miguel Ángel*. Fue él quien les imprimió su “forma”, su nombre, a las esculturas. Por eso pienso en el formador, en el educador, como en un escultor de personas.

Pero educar, y especialmente en la cultura de hoy, - la sociedad que el famoso sociólogo y filósofo Zygmunt Bauman (1925-2017) definió como una “*sociedad líquida*”, de estilo fluido y volátil, sin valores demasiado sólidos, una sociedad del bienestar, consumista y hedonista, en la que los compromisos son transitorios, etc., en otras palabras, en una cultura “*light*”¹, educar exige tener “el valor” y también la valentía de hacerlo. No solamente la fuerza que mueva a hacerlo, sino el “coraje” para realizarlo.

“*El valor de educar*”, así tituló uno de sus libros el filósofo Fernando Savater² en el que analiza el papel del educador y también el coraje que se requiere desde muchos puntos de vista para educar en la sociedad de hoy. Porque es educar con principios y valores “sólidos”

¹ Véase <[https://es.m.wikipedia.org/wiki>Zygmuntbauman...](https://es.m.wikipedia.org/wiki/Zygmuntbauman...)> ; también en wikipedia artículos en La Vanguardia y El País de España.

² Fernando Savater *El valor de educar* (1997).

a una sociedad “líquida”, que como todo lo líquido es escurridiza y encuentra siempre el camino para esquivar y dejar de lado lo sólido.

Esta sociedad líquida tiene mucho que ver con la opinión dominante hoy de que los valores son “relativos”. Y desde luego, hay muchos valores que son relativos, pero no todos lo son, porque no todos son de la misma naturaleza; entre ellos existe una “jerarquía” de niveles, o jerarquía axiológica. El filósofo, y teólogo canadiense Bernard J. F. Lonergan, propone una escala de valores, comenzando por la base. Expondré su esquema, haciendo de mi parte algunas explicaciones y aplicaciones, confiando en no traicionar lo fundamental de su pensamiento.

- El primer nivel en esta escala axiológica corresponde a los “valores biológicos”: a las fuerzas que nos mueven a vivir, a conservar la vida, a transmitirla, y a sobrevivir: es el valor de la vida (su fuerza y tenacidad en persistir, su terquedad) y la búsqueda de lo que la hace posible. Son los valores vitales los que nos mueven instintivamente a conservarla y defenderla, y que engendran derechos vitales insertos en la dignidad de la persona humana. Entiendo el derecho como la capacidad moral de la persona para hacer o exigir algo; en este nivel, a vivir y a exigir que se respete su vida, a tener salud, alimentación, aire, agua, vivienda adecuada y digna, etc. En otras palabras, es el valor de la vida que engendra el derecho al “bienestar” en todos sus aspectos: a la satisfacción de todas las necesidades biológicas.

- El siguiente nivel, inmediatamente superior al anterior, corresponde a los “valores sociales”, que son los que hacen posible la realización de los valores biológicos y conducen a la constitución de una organización adecuada de la sociedad para satisfacer las necesidades vitales de un grupo humano. El primero de estos valores sociales es la “solidaridad”, la fuerza que nos mueve -también instintivamente en una reacción primaria e inmediata- a atender a quien tiene en peligro su vida porque se va caer, o porque ha sufrido un accidente, etc. Es el valor de la solidaridad el que nos hace sentir instintivamente que formamos parte unos de otros, que nos pertenecemos mutuamente, que formamos “*in solidum*” una única realidad con toda la humanidad. Este valor se desarrolla en la simpatía (*sym-patheia*), o la compasión (*cum-pati*), en la capacidad de sentir y padecer conjuntamente con los demás seres humanos, y se manifiesta en valores como la filantropía y la misericordia, o se inhibe en la indiferencia, hasta poder hablar hoy de una “globalización de la indiferencia” ante el padecimiento o el dolor del otro, llámese “indigente”, “víctima” o “migrante”.

- Un tercer nivel está constituido por los “*valores culturales*”: son los que se refieren al “cultivo del espíritu”: a las artes: a la música, a la literatura, a las lenguas, a los estilos de vida, a las costumbres, a las formas de expresión, etc. Valores estos que son “relativos” y que cambian con las razas, con las épocas, con los lugares geográficos, con los habitats naturales, con el clima, etc. Pero valores culturales son también aquellos que corresponden a la *crítica y fundamentación de lo verdaderamente humano*: los que se refieren a todo lo que corresponde a la “*dignidad*” de la persona humana, a la naturaleza del ser humano, de cada individuo, y de toda la “*humanidad*”. Son los “*valores éticos*”. Y es aquí donde los valores no son “relativos” con relación a los lugares y a las épocas, a los países y a las razas. Tan persona humana es el asiático como el africano, el sajón como el latino, el blanco como el negro, etc.

- El cuarto nivel axiológico corresponde a los “*valores personales*”. Son aquellos que buscan fundamentar y sanar las raíces de la persona humana. Son los que tocan a la “*autonomía*” y a la “*libertad*” de cada persona, a su responsabilidad personal y social. Inspirándome en Kant, personalmente concibo la autonomía como la capacidad de las personas de darse a sí mismas su propia ley (*auto-nomía*) pero también la de imponerse coherentemente la obligación de cumplirla. Y concibo la libertad como dependiente del recto ejercicio de la razón y que tiene como horizonte “*la humanidad*”. Libertad que es distinta del “*libre albedrío*”, que se determina por atractivos y gustos puramente sensibles y cuyo horizonte es la satisfacción de la sensibilidad individual. En otras palabras, la libertad consiste en la capacidad de obrar el bien.

- Finalmente, el quinto nivel axiológico, según Lonergan, corresponde a los “*valores religiosos*” o , dicho en otros términos, a los valores “*trascendentes*”. Porque el ser humano es por su misma naturaleza “trascendente”: lleva ínsito en su ser el deseo y el dinamismo siempre insatisfecho de ir más allá de lo que tiene y de lo que es: de conocer más, de amar y ser amado más, de hacer y de ser más. Es el “deseo de ser Dios”, según la expresión de Sartre. Una “*pasión*” que él mismo calificó de “*pasión núpil*”, porque no es posible satisfacerla. O como escribió el marxista francés Roger Garaudy:

No vivimos sino una exigencia, una exigencia nunca satisfecha de totalidad y de absoluto, de omnipotencia frente a la naturaleza y de perfecta reciprocidad de

conciencias [...] Nosotros vivimos, sin duda, cristianos y marxistas, la exigencia de un mismo infinito, pero el vuestro es una presencia y el nuestro es una ausencia.³

Es en los valores trascendentes donde tienen su sede las religiones.

³ Roger Garaudy, *De l'anathème au dialogue* (Paris, Plon, 1965), 89-90.

6. SER “PROFESOR” Y SER “MAESTRO”

Para concluir estas reflexiones sobre la formación en principios y valores éticos, me parece muy importante distinguir claramente entre “*instruir*” y “*educar*”, entre ser “*profesor*” y ser “*maestro*”.

Educación no es llenar un recipiente de conocimientos, de principios teóricos; es dar forma transmitiendo vida. El “profesor” transmite conocimientos, principios teóricos, científicos; el “maestro” comunica vida. Según una sentencia, atribuida a Aristóteles, “Educar no es llenar un recipiente, es encender un fuego”. Trasladándonos de nuevo a Sócrates y a Platón, podríamos decir que educar es excitar en la mente y en el corazón del educando (cualquiera sea su edad: niño, adolescente, joven universitario, e incluso viejo) la llama de la “razón”, de su capacidad de reflexionar sobre lo que es verdaderamente humano, es decir sobre lo que es “ético” porque hace desarrollar la “dignidad” de la persona humana, su “humanidad”, y le permite tener una “vida buena”, feliz. Se trata no solo de hacer surgir la llama que cada uno de nosotros lleva en su interior, sino también de avivarla para poder discernir lo que no es “ético”, porque lo “no ético” hace decrecer, disminuir, oprimir al ser humano y no le permite ser feliz. Otra versión de la sentencia atribuida a Aristóteles dice: “Educar no es cargar un navío [con principios y conocimientos], sino desplegar sus velas” para navegar por el mar de la vida y disfrutar de su belleza.

Educación es hacer descender los principios teóricos del cerebro al corazón. Es encender el fuego de los afectos por todo lo que es recto, verdadero, bueno, bello, amable, y perfecto. Porque eso es lo verdaderamente humano, es decir, lo auténticamente “ético”.

La coherencia es un factor indispensable en la educación. ¡Coherencia! No se puede hacer crecer, no se puede educar sin coherencia: y la coherencia consiste en testimoniar con la vida los principios y valores que se aceptan y se proclaman.

Permítanme terminar recordando dos proverbios que condensan una gran sabiduría. El primero de ellos, muy conocido de todos nosotros, reza así: “*Nadie da lo que no tiene*”. Si educar es dar vida, es necesario tener en la propia vida los principios y valores que se quiere dar a los demás. Su lógica es perfecta. Pero quizás habría que reformularlo de la siguiente manera: “*Nadie da lo que no es*”. Nadie transmite ética si no es una persona ética. Y hay un segundo proverbio, menos conocido, que dice así: “*El maestro nada exige al discípulo que no se haya exigido antes a sí mismo*”.

Ante la crisis ética mundial que vivimos actualmente, a todos nos corresponde, no solo ser profesores que enunciemos principios teóricos, sino maestros de principios y valores éticos. Es necesario ser maestros de vida con nuestro testimonio y coherencia: los padres de familia, las jardineras de infantiles, los docentes de colegios y universidades, los presidentes de las empresas, de las asociaciones y gremios, los magistrados, los padres de la patria y las autoridades supremas de los países. Porque nadie da lo que no tiene, nadie da lo que no es. A todos, cualquiera sea nuestra condición, nos corresponde ser maestros de principios y valores éticos.